

JACQUES JUILLIARD

Marx muerto y vivo

Karl Marx —¿radica en esto su miseria o su grandeza?— ha dado origen a dos temibles categorías de imbéciles que las lúgubres celebraciones de su aniversario nos permitieron al menos denunciar: los primeros juran que el marxismo es insuperable, los segundos que el marxismo ha sido superado.¹ Una vida entera dedicada al anticonformismo hubiera debido merecerle al "Moro", como le llamaban sus familiares, el derecho a escapar a un ceremonial aparatoso. Pero no. Contempla, viejo y noble Karl, las largas teorías de celebrantes paralelos que se presentan ante tus altares. Mira cómo, para mayor seguridad, van a cerrarte la boca con su parla; van a echar un poco más de cemento sobre tu fosa, a hundir con algo más de peso tu ataúd. No hay riesgo de que te les escapes. Tenemos que abandonarte a tu destino y volver con nuestros imbéciles.

Los segundos de ellos, ya los conoces bien: son los que durante tu vida ya acosabas. Rechazan la lucha de clases como el ladrón mete su ganzúa, como el cazador furtivo niega sus lazos. Después de tu muerte no han cambiado. Se han limitado a agregar a sus sandeces sobre la armonía universal que esta guerra social la has inventado tú, como un veneno vertido en las venas de la sociedad. De ahí su prisa por "superarse", como el malhechor deja atrás la ronda nocturna mientras corre hacia nuevas fechorías. Al acusarte te han hecho un honor innmercido como tú declaraste; bien sabías tú, como los más lúcidos de tus contemporáneos, que la lucha de clases es hija no del marxismo sino de la sociedad industrial.

Tocqueville:² "Sin duda, pueden oponerme individuos, pero yo hablo de clases: sólo ellas deben ocupar la historia." Y Guizot,³ al que no llegarán a acusar de subversión: "La lucha de las distintas clases de nuestra sociedad ha ocupado nuestra historia. La revolución de 1789 fue la más general y más violenta explosión. Nobleza y tercer estado, aristocracia y democracia, burguesía y obreros, propietarios y proletarios, son formas y fases diversas de la lucha social que desde hace tanto tiempo nos atormenta." Entre el vencido por la revolución de febrero de 1848 y el militante de la Liga de los Justos, podríamos dudar en cuanto a la atribución. Pero no. Guizot no ha plagiado a Marx; escribió las mismas cosas en el mismo momento.

Y tenemos, más de un medio siglo antes, a Barnave, el pensador más lúcido de la revolución burguesa, guillotinado en 1793, que poco antes de su muerte pone los fundamentos del "materialismo histórico":⁴ "Desde que las artes y el comercio llegan a penetrar en el pueblo, creando un nuevo medio de riqueza al servicio de la clase trabajadora, se prepara una revolución dentro de las leyes políticas: una nueva distribución de la riqueza prepara una nueva distribución del poder. De la misma manera que la posesión de las tierras ha elevado a la aristocracia, la propiedad industrial eleva el poder del pueblo, que adquiere su libertad, se multiplica, comienza a influir en los negocios."

Y sin embargo, con ayuda de la necesidad, los turiferarios de Marx no tienen nada que envidiarle a sus lapidadores. En el manejo del elogio desmedido, sobre todo, son imbatibles. No necesitan que se les empuje para proclamar, con ayuda de los de enfrente, que es el verdadero inventor de la lucha de clases, así como de la teoría del valor-trabajo o incluso de una escatología histórica para la que, sin embargo, desde San Pablo y San Juan, pasando por Joachim de Flore y Hegel, no faltan adelantados. Han hecho de él el alfa y el omega del pensamiento humano, una especie de Profesor Popov de las ciencias sociales. Y, no obstante, está permitido, sin restarle nada a su genio, pensar que *La riqueza de las naciones* de Adam Smith es una etapa más esencial en la historia de la economía política que *El capital*. No es escandaloso ver en Tocqueville un historiador tan penetrante y sin duda más clarividente de las sociedades modernas, como lo ha observado desde hace mucho Raymond Aron. Tampoco es ofensivo considerar la sociología de Max Weber, que se ha beneficiado de la experiencia de Marx, como más rica e inventiva que la de éste.

Si alguna vez la expresión de métome-en-todo resulta oportuna es precisamente a propósito de Marx, cuya exuberancia intelectual no depende de ningún género particular, ni siquiera de la filosofía, convertida sin embargo en la barredora de las ciencias sociales. Él ha escrito la verdadera sinfonía del nuevo mundo. Su invención propia ha consistido en organizar las ideas y conocimientos de su tiempo en un sistema complejo de empujes y arbotantes, en el que cada pieza es solidaria de las demás, y luego, haber movilizad este conjunto al servicio de la acción, en este caso para la desconstrucción de la propia sociedad.

La economía de Marx pesaría muy poco si no se tratara de una economía revolucionaria. Lo mismo ocurre con su sociología o con su historia. Lo que define la originalidad de Marx con respecto a sus contemporáneos es el haber atado en un haz coherente las principales ciencias sociales de su tiempo para plantar en medio el hacha de la revolución. Pero poner la ciencia al servicio de la acción —en lo que consiste precisamente la praxis— no confiere ninguna legitimidad científica a la acción así proyectada, es decir, a la revolución: se puede concebir perfectamente un uso diferente, reaccionario por ejemplo, de la ciencia. Dicho de otro modo, y siguiendo la conocida fórmula, de una ciencia en indicativo no podemos en ningún caso extraer una consigna en imperativo.

Sin embargo, es lo que autorizan aquellos que blanden su "marxismo" para marcar cada una de sus acciones con la estampilla de la ciencia. Durante mucho tiempo he visto a camaradas sindicalistas independientes intimidados —por no decir aterrorizados— por los instrumentos "científicos" de

que se prevalecía la Central General de Trabajadores. Los sindicalistas "científicos" son grandes manipuladores de tontos, como pronto se descubrió. El engaño comenzó en el siglo XIX, cuando Engels se ocupó de reagrupar el conjunto de trabajos científicos de Marx con sus folletos de propaganda bajo el título general de "materialismo histórico y dialéctico", o más sencillamente, "marxismo". O, en efecto, el pretendido "marxismo" es una ideología y no es científico.

Sé que el marxismo se presenta a menudo como una ciencia de la ideología; eso no justificaría su exorbitante pretensión de ser una ideología científica. Tal es la solución de la antinomia más arriba citada; sí, el marxismo ha sido superado, como Euclides o Newton están superados; sí, el marxismo es insuperable, como Platón o Spinoza son insuperables. Pero es absurdo, y sin embargo, común, hacer de Marx un Newton insuperable.

El mismo Marx no es inocente de esta confusión, por lo demás. En efecto, o hace del enfrentamiento del proletariado y de la burguesía el motor de la historia: es el caso de los escritos de juventud; o descubre ese motor en la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción:⁵ caso de los escritos económicos. Pero la identificación de la primera pareja antagonica con la segunda, de la oposición filosófica con la contradicción económica, proviene de un postulado indemostrable.

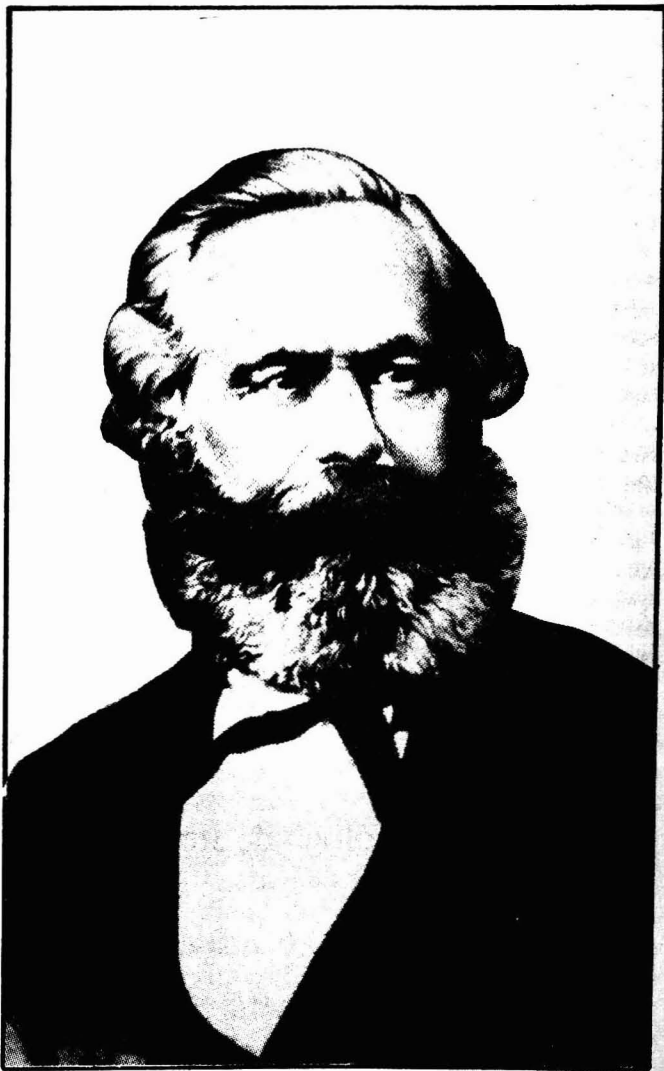
Empleé más arriba la palabra *materialismo*, que aplicada a la filosofía de Marx origina extraños malentendidos y singulares desventuras. Es sabido que el acento teórico puesto por Marx en su materialismo —es decir, la anterioridad de las condiciones materiales de existencia con respecto a la conciencia, la determinación de las superestructuras jurídicas y políticas por la estructura económica de la sociedad— es largamente relativo y polémico: se trata, para él, de combatir el idealismo reinante que defiende las tesis inversas, consideradas por Marx como socialmente tramosas. Pero no se trata en todos los casos de una primacía absoluta de la materia sobre el espíritu. Las transformaciones técnicas que en Marx están en el origen de los cambios de los modos de producción y de las funciones sociales, ¿qué son sino una evidente manifestación del poder del espíritu humano aplicado a la materia? Eso en cuanto al malentendido.

En cuanto a las desventuras, son de diversos órdenes. En los países de marxismo del Estado, o dicho de otro modo, en los países comunistas, se asiste a una fantástica inversión de las relaciones entre el ser y la conciencia, tal como Marx las definió. En un país comunista, la política ocupa el lugar de una infraestructura y la ideología marxista instalada en el corazón del Partido y el Estado se supone que produce efectos específicos sobre la sociedad misma. Una tal producción voluntaria de la sociedad por la ideología no tiene quizás parangón desde las "reducciones" jesuitas del Paraguay;⁶ en todo caso, nunca el marxismo había sido tan violentamente desmentido por el propio marxismo.

Lo mismo ocurre, a decir verdad, en Occidente, sobre todo en Francia. La cátedra, tal como funcionó en muchas de nuestras universidades en la época althusseriana, mucho menos temible que el marxismo de Estado en los países del Este, no ha representado menos por eso un acabado ejemplo de vuelta idealista del pensamiento de Marx. La famosa "práctica teórica" de los althusserianos llevaba a otorgar una especie de eficacia intrínseca al pensamiento-Marx (cuando no se trataba del pensamiento-Mao). Nada de sorprendente en eso: la universidad francesa nunca pudo apartarse, a pesar de los esfuerzos de los nominalistas de la Edad Media, de

su idealismo incorregible, es decir de su creencia en la realidad y en la eficacia material de las ideas. Todo lo que pudo hacer, bajo la influencia de Marx, según ella creía, fue sustituir la causalidad de la idea idealista por la causalidad de la idea materialista. En Francia, según la perfecta expresión de Frédéric Rauh, el marxismo nunca ha sido otra cosa que un espiritualismo económico.

Existe otro sector de la sociedad en el que el desvío idealista del marxismo en provecho de sus difusores constituye un ejemplo impresionante de estafa social: los "partidos obreros". La cosa es evidente en los países del Este, donde la "ciencia marxista-leninista" sirve esencialmente para legitimar la dominación del Partido sobre los trabajadores y sobre todo la sociedad. Lo es menos en nuestros países y sin embargo, quien pretenda analizar la función política del "marxismo", introducido con mucho estrépito en la formación del militante socialista, a semejanza de lo que ocurre en el P.C.F., notará muy pronto que sirve sobre todo para justificar el dominio de la pequeña burguesía de Estado sobre la clase obrera. Makhaiski⁷ fue el primero, a principios de siglo, en analizar el marxismo como la ideología específica de la "*sociedad cultivada*", como el medio de volcar en su provecho la fuerza del movimiento obrero y de disimular su acaparamiento del aparato estatal. En esas condiciones, es significativa la reducción del socialismo a una ideología de la nacionalización que, bajo la apariencia del interés general,



permite reemplazar, al frente de la economía, la burguesía de la fortuna por la del diploma.

¿Y qué hace Marx en todo esto? En la gran noche actual del marxismo, en la que todos los gatos son pardos, al viejo "Moro", si volviera, le daría mucho trabajo distinguir entre hijos bastardos y legítimos. ¿Y después de todo, qué importa? Para el sociólogo, una opinión falsa es un hecho cierto; para el historiador, una gran herejía es más importante que una pequeña ortodoxia. El "retorno al verdadero Marx", predicado periódicamente contra las desviaciones de que ha sido víctima, descansa sobre una doble ilusión: primero, que en materia social sea posible volver atrás; luego, que exista en alguna parte un "verdadero Marx". ¿Ese verdadero Marx, será libertario o autoritario? Tengo citas al servicio de ambas tesis. ¿Francófono o admirador de la Comuna? ¿Bolchevique o anarcosindicalista? ¿Antisemita o profeta judío de un Tercer Testamento? En el fondo, ya seamos promarxistas o antimarxistas, el hecho es que todos somos postmarxistas. Tenemos, pues, que resignarnos, contra toda justicia, contra toda exégesis literaria, contra toda coherencia, a ver en Marx, simultáneamente, al profeta moderno de Occidente, al ídolo aterrador de los países del Este, al heraldo revolucionario del Tercer Mundo. Es la única actitud posible para el historiador, y no puedo olvidar que Marx fue también —y quizás en primer lugar— un gran historiador.

Para terminar, permítaseme decir dos cosas personales. La primera a la memoria de Nicos Poulantzas, del que fui amigo y que nos dejó un día, doblemente descorazonado del síncope del marxismo que estamos viviendo aquí y del uso canallés que de él se hace allá. Poco tiempo antes de su muerte me había reprochado por dos veces, con su voz cálida en que se mezclaba un poco de tristeza, haber mezclado mis críticas a la rebatiña antimarxista que se producía entre los intelectuales poco después del descubrimiento del Gulag o más bien de la toma de conciencia del Gulag. Le contesté que no se trataba del Terror blanco; que después de tantas tonterías y crímenes, la catarsis era inevitable; y que Marx, al fin, pagaba una vez más por tantos discípulos que no habían temido comprometerlo hasta el cuello con los asesinos. Pero que pronto vendría el Renacimiento. Y que el Profeta, después de sacudirse el enjambre de beatos y Basilio que se colgaban de su barba, librándose de su escolta de policías y de verdugos, volvería a nosotros al fin como alguien a quien se puede amar.

Y bien, creo que ese día está ahora próximo y es necesario. La Resurrección, después de todo, puede ser concebida no como el triunfo de los cobres y los oros, sino como algo que se aproxima lentamente en el silencio de una iglesia tan sólo turbada por la murmuración de algunos beatos. Tal es hoy, ruinoso y desierta, la capilla de San Karl. Y de nuevo lo necesitamos, porque en su ausencia la Ideología se despierta, y el Intelecto, ebrio de sí mismo, está por volverse loco. Vemos a la Historia, la más prudente de nuestras musas, escapar a la fuerza de las cosas, a la Ideocracia levantar la cabeza y al Pensamiento pasearse de nuevo por las calles sin ser acompañado. ¡Help!

Por último, lo segundo que quería decir: hay que hacer algo para reconciliar a Marx con los derechos del hombre. Ya que si los marxistas son, en el plano político, casos desesperados —*loci desperati*— el retorno de Marx en el plano intelectual y moral tiene sentido. En este último tiempo se ha desarrollado en el Partido Socialista una guerra picrocholina sobre los derechos del hombre y el marxismo, de la que no entiendo mucho, salvo que el congreso se acerca. Pierre Jo-

xe, que no es insensible a los derechos del hombre, como lo demuestra su honorable conducta en la crisis polaca y el asunto de los generales, se lanzó contra Michel de La Four-nière, combatiente de siempre por esos mismos derechos del hombre, con una cólera estilo Trifón Tournesol, donde se habla del Nuevo Testamento, de Bergson, de Grotius y de la Revolución Francesa. Históricamente, el problema es bastante claro. Marx fue en su juventud un militante de las libertades públicas, como lo atestiguan sus combates por la libertad de la prensa o su actitud durante la revolución de 1848. Agregaré que también militó por los derechos de la mujer. Pienso sobre todo en sus admirables manuscritos de 1844 en los que considera que la relación del hombre con la mujer "permite juzgar todo el grado de desarrollo humano". Del carácter de esa relación se puede concluir hasta qué punto se ha vuelto por sí mismo un ser genérico, humano y conciente de serlo... Por él aprendemos en qué medida el comportamiento natural del hombre se ha vuelto humano", etc.⁸ Después, Marx pareció haber considerado que el retraso de los derechos económicos y sociales del hombre sobre sus derechos individuales y políticos era el gran negocio del mundo industrial. Si se considera sólo el siglo XIX y los comienzos del XX, tiene razón. Por eso descuidó cada vez más la teoría política: para desdicha nuestra, nos dejó una teoría de la explotación económica pero nada sobre la dominación política.

Pero a partir de la guerra del 14 la relación se invirtió: el progreso económico y social en el mundo industrial se ha acelerado, mientras que la política entraba en la más formidable regresión de los tiempos modernos, el totalitarismo, bajo sus dos especies de estalinismo y nazismo. De ahí que, hoy, cualquiera que no esté cegado por el sectarismo tiene que interpretar en el mundo industrial, no los derechos del hombre a la luz de Marx sino a Marx a la luz de los derechos del hombre.

Así el Marx hoy vivo —debería decir vivo a mis ojos—, es en primer lugar el autor de una gran fragmento de ética socialista⁹ y libertaria. El progreso del socialismo, como lo había visto valientemente Georges Sorel, es ante todo un progreso de la moral colectiva: Marx es aquel gracias al cual le ha llegado una nueva dimensión a la conciencia moral de la humanidad. Quiero olvidar al gran antepasado de todos los burócratas, por real que haya sido: que muera con ellos. Entonces "sólo quedará con nosotros, cien años después de su muerte, un año antes de 1984 de George Orwell, uno de los heraldos del combate obrero por la libertad.

Notas

1. En abril de 1982, *Le Nouvel Observateur* había celebrado el centenario de la muerte de Marx con algún adelanto —y con motivo de la publicación del segundo volumen de las *Oeuvres philosophiques* en la Biblioteca de la Pléiade. En ese homenaje participaron Pierre Birnbaum, Jean-Pierre Chevenement, Georges Duby, Bernard-Henri Lévy, Edgar Morin, Maxime Rodinson, Maximilien Rubel, Alain Touraine y Jean Ziegler.

2. *L'Ancien Régime et la Révolution*, Gallimard, 1952, t. I, p. 179.

3. *De la démocratie en France*, 1849, p. 35.

4. *Introduction a la Révolution française*, Colin, 1960, p. 9.

5. Ver el libro de Frédéric Bon y Michel-Antoine Burnier: *Classe ouvrière et Révolution*, Seuil, 1971.

6. Comunidades agrícolas fundadas por los jesuitas a comienzos del siglo XVIII para evangelizar a los indígenas y protegerlos de los colonos y de los cazadores de esclavos.

7. *Le Socialisme des intellectuels*, Seuil, 1979.

8. *Oeuvres de Marx*, Pléiade, t. II, p. 78.

9. Maximilien Rubel: *Pages de Karl Marx pour une éthique socialiste*, Petite Bibliothèque Payot, 2 vol., 1970.